

Semanario Medinense

PERIÓDICO ILUSTRADO LITERARIO AGRÍCOLA Y COMERCIAL.

DIRECTOR-ADMINISTRADOR

Honorio R. Pérez.

Lucy...
Leon...



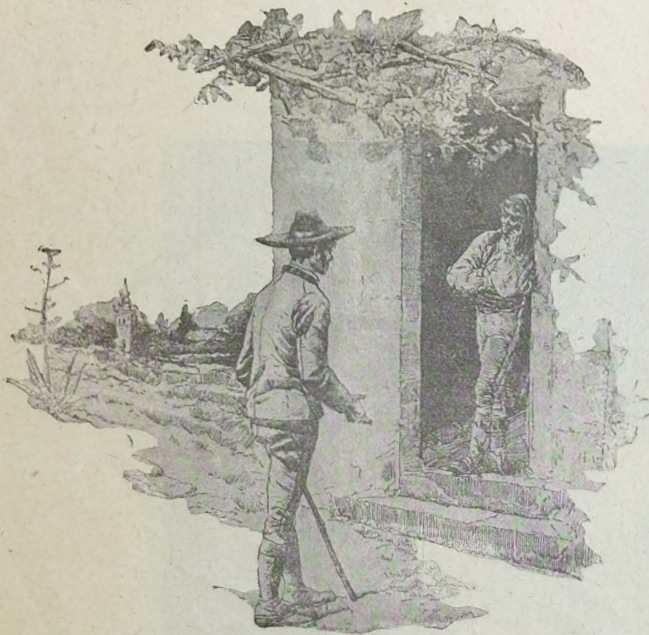
La salida del hospital.



AMOR Y OLVIDO

Con decir que había nacido en la tierra de María Santísima, es lo suficiente para que el lector comprenda, que Lola era una mujer de *buten*, con un cuerpo de *chipén* y unos *sacais* tan elocuentes, como Demóstenes, y me quedo corto.

Por esto no es de extrañar que Antonio y Perico hubiesen perdido la *chaveta* por Lola, pero ella prefería á este último, porque era la



alegría personificada; cantando era un maestro y al tocar la guitarra, según gráficamente se decía en aquellos contornos, le hacía llorar y reír á las cuerdas del arabesco instrumento.

La truhanesca expresión de su rostro, lo pintoresco de su lenguaje, sobre todo, sus felices disposiciones para el baile y la música, le habían hecho tan popular, que no se celebraba boda, bautizo ó serenata en aquellos alrededores, sin que él asistiera, para bailar como un peón ó cantar lo más escogido del repertorio de la *musa popular* de Andalucía.

De pronto se comenzó á notar en Perico una tristeza indefinible, los suspiros sustituyeron á los cantares; dijérase, que en su alma ardiente y soñadora se cebaba el dolor despiadadamente.

Una tarde se hallaba abismado en lúgubres reflexiones en la puerta del cortijo en que habitaba, cuando acertó á pasar por allí un tío de Lola, el cual, comprendiendo que algo grave debía sucederle á Perico, le preguntó con extrañeza:

—¿Qué te pasa?... ¿Has regañao con mi sobrina?

—No, señó Paco... Es que soy sordao y drento de poco me separarán de mis probes padres y de mi Lola, y la ausencia causa olvido, como dice el refrán.

—Causa olvido cuando no se quiere bien, pero mi sobrina...

—Me quiere mucho, ya lo sé—le interrumpió Perico,—pero sé también que tengo un rivá; que Antonio pretende robarme el cariño de Lola, y sabiendo esto es imposible estar tranquilo... Pero, *mistela* aquí jurá; como ocurra lo que sospecho, mis manos, que no han servío más que pa manejar las herramientas de mi oficio pa ganarme el pan, y la vihuela pa alegrar á Lola y á sus amigas, serán tenazas que *ajogarán* á su sobrina y á Antonio por haberme engañao.

El señor Paco procuró demostrar á Perico que no tenía motivo para abrigar tales temores, y se alejó hacia el cortijo inmediato, donde vivía, mientras el enamorado joven se quedó cantando con voz quejumbrosa y casi imperceptible:

«Queréndote con locura,¹
me separan de tu lado,
no me olvides, porque entonces
seré verdugo y no esclavo.»

A los pocos meses de estar Perico en Madrid sirviendo en el arma de caballería, comenzaron á confirmarse sus sospechas. Lola y Antonio, que habían llegado á entenderse, se disponían á arreglar todo lo necesario para unirse en breve con el indisoluble lazo del matrimonio.

Transcurrió un año próximamente y la compañía en que Perico servía, fué destinada á un pueblito de la provincia de Sevilla (próximo al cortijo en que aquél había nacido) y en el que se notaban síntomas de agitación carlista.

En aquel pueblo tuvo conocimiento Perico de la conducta seguida por su exnovia, y su tristeza llegó á los límites de la desesperación, pues él no podía concebir que una mujer que le había jurado amor eterno, le olvidase por otro, y los celos, la rabia y el despecho que se apoderaron de él, le empujaban hacia el crimen con sus invisibles brazos. Perico no vaciló un momento, y una noche desertó de su compañía con el único propósito de matar á Lola por haberle engañado. Primeramente llegó al cortijo donde había nacido, cambió su uniforme por el traje que antes usaba, y montando en una mula de su padre, se dirigió á la casa de su exnovia.

Esta, que iba á contraer matrimonio con Antonio al día siguiente, estaba dormida cuando Perico llegó á su habitación. El infeliz soldado la contempló un momento con una mirada mezcla de odio y de cariño; de sus ojos se deslizaron algunas lágrimas y en sus labios palpité un beso que pugnaba por extender sus invisibles alas y posarse en la frente de Lola... Perico vaciló un momento y limpiándose el llanto con las manos, salió de la habitación murmurando:

—No quiero matarla; que sea feliz con Antonio. La perdono.

El infeliz soldado montó en la mula nuevamente y alejándose del cortijo de Lola, corrió á incorporarse á su compañía.

A los tres kilómetros próximamente y al volver un recodo del camino, le detuvieron dos compañeros suyos que le buscaban por haber desertado.

—¿Dónde has ido?—le preguntó uno de ellos.

—A matar á una infame por haberme hecho traición, pero me he arrepentío y la he perdonao.

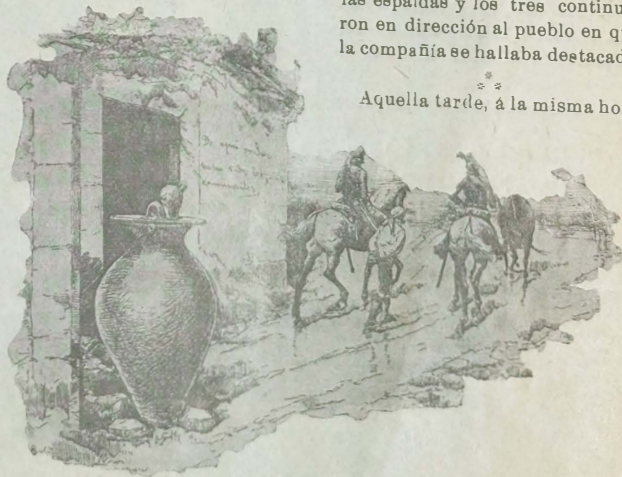
—Bájate de la mula.

—Si no me escapo.

—¡Bájate ha dicho!

Perico obedeció la orden; uno de los soldados le ató los brazos á las espaldas y los tres continuaron en dirección al pueblo en que la compañía se hallaba destacada.

Aquella tarde, á la misma hora



en que Perico era incomunicado, Lola, con la expresión de la alegría en el semblante y luciendo en el traje el simbólico ramo de azahar, se dirigía á la iglesia para unirse á Antonio con el indisoluble lazo del matrimonio.

José Sánchez González.



TUS OJOS

Quieres aumentar mi anhelo,
darle á mi alma amargura,
y bajas la vista al suelo
para que yo no vea el cielo,
el cielo de tu hermosura.

Los entornas ruborosa,
se unen tus largas pestañas,
tu faz se tiñe de rosa
y al verte así tan hermosa
¿quién dijera que me engañas?

Los haces engañadores
y me niegas el consuelo
de que me charlen amores,
bajando de pronto al suelo
tus ojos tan habladores.

Considero como prueba
tu desvío de desdenes,
mi amor propio se subleva,
mi alma un desengaño lleva
y vacilante me tienes.

En tu constancia no creo
ni en tu firmeza en amores;
mas ¡cielos! ¿Qué es lo que veo?
¡Si otra vez el amor leo
en tus ojos habladores!

Te diviertes con mi anhelo,
te pesa verme en tortura

y me llenas de consuelo
dejándome ver el cielo...
¡el cielo de tu hermosura!

Julio Cosano.

INTIMA

Dí, mi bien, ¿por qué sufres?
¿qué causa tu dolor y desvarío?
En tu pálido rostro
dibújense las huellas del martirio;
quieren fingir tus labios la sonrisa
y lloras como el niño
que, ocultando la causa de su llanto,
con el llanto suplica el lenitivo,
y un beso cariñoso de la madre
devuelve el bienestar apetecido,
¡porque todas las penas
se pueden mitigar con el cariño!
De tus ojos de fuego,
los destellos vivísimos,
apagó algún pesar irresistible
que se alberga en tu pecho dolorido.
Mírame frente á frente,
y fijando tus ojos en los míos,
sé franca, cuéntame tu desventura,
y sufriré contigo.
¿Buscas la dulce calma que perdiste?
Yo también la he perdido.
¡Se encontrarán dos almas
que, al sufrir por igual, buscan lo mismo!
.....
.....

¿Y te afliges por eso,
por tan débil motivo?
¿Que adoras y no sabes
si tu amor ha de ser correspondido?
No llores, niña hermosa,
que al fin nos comprendimoe:
¡yo, tu cariño busco,
y tú, no trates de negarlo, el mío!...

F. Gil Asensio.

MENUDENCIAS

Como la bella Leonor
tiene fama de mal genio,
su novio guarda con ella
infinitos miramientos;
y por eso la muchacha
me decía ayer: Eugenio,
siempre que á mi lado está,
anda conmigo con tiento.

•••

Aunque está tronado Andrés
y debe ya en todas partes,
no se opone á que su esposa
todos los días se gaste
un dineral en colonia
y en esencias de mil clases,
porque el pobre reconoce
que son gastos *esenciales*.

José Doz de la Rosa.



PAISAJE.—Instantánea de J. Aivarez.



¡POBRE JORGE!

HISTORIA QUE PARECE CUENTO

Mucho llamaba mi atención ver á Jorge Montalvo de carácter tan serio y taciturno, siendo el inseparable compañero de unos cuantos muchachos conocidos en Madrid por sus calaveradas.

No dejaba de susurrarse, que cuando la orgía llegaba á su apogeo, ninguno era más camorrista, ni con más facilidad bebía la última botella, ni con más corazón empeñaba la partida de juego, que el silencioso Jorge; pues es de advertir, que aun en el colmo de los jolgorios, el hombre de mi verídica narración, apenas si despejaba los labios.

Únicamente *salía de sus casillas* y hasta se mostraba casi casi locuaz cuando entre amigos, y por casualidad, se discutía de literatura ó de música. Entonces le brillaban los ojos y recitaba trozos de las rimas de Becquer, ó de las comedias del teatro clásico, haciendo entusiastas comentarios y viéndose que sentía cuanto expresaba. Para hablar de música le era de todo punto preciso estar en pie, y con rara habilidad hacía lo mismo las *fermatas* de la tiple que modulaba las notas graves del bajo.

En cuanto se variaba la conversación comenzándose á charlar frívolamente, ya de la animación que hubo en el baile X, ya de cortarle sayos á las mujeres (desde luego peor hechos que los que tijeorean ellas), ya de marcas de vinos ó de casta de perros, etc., etc. Jorge de Montalvo volvía á ensimismarse y ya nadie era capaz de sacarle una palabra del cuerpo, únicamente respondiendo con un monosílabo y por educación, á las preguntas terminantes que se le hacían.

Aquella seriedad, aquella profunda melancolía en un joven de arrogante figura, rico y de noble familia, forzosamente tenía que reconocer por causa, una dramática historia.

No tan sólo por curiosidad, sino arrastrado también por la simpatía que me inspiraba Jorge, me propuse encontrar el hilo que desenredase aquella madeja. Después de varias inútiles tentativas, con que de modo esbozado procuré arrancarle una confesión, una noche de primavera, salíamos juntos de Fornos.

—Te voy á acompañar á tu casa — le dije. — ¡Hace un tiempo tan hermoso! Esto del tiempo lo insinué así, con cierta intención y hasta con tono melodramático sin que me fuera inadvertido levantar pausadamente los ojos al cielo. ¡Qué delicia! — murmuró Jorge como hablando consigo mismo. — Aquellas dos palabras me parecieron de buen augurio para la consecución de mi objeto, y cogiendo del brazo á mi amigo, tomé aliento y empecé á soñar.

Hablé de la majestad imponente de la azulada bóveda celeste, de los ruiseñores gorgiendo entre las ramas de la alameda umbría, de los destellos plateados de Diana esplendorosa iluminando el dulce hogar de una góndola convertida en nido de enamorados.

Hablé de la influencia que ejercen las bellas artes en los corazones apasionados, y hasta tuve cuidado de empezar á recitar aquellos famosos versos de Don Alvaro:

¡Ángel consolador del alma mía!
¡Ya van los santos cielos!
¡A dar corona eterna á mis desvelos!

Sin que se me olvidara tararear tampoco el dúo final de *Aida*, que, gracias á lo destemplado de mi oído, era fácil tomar por el tango de la Bicicleta. ¡Pero qué había de poder apercibirse Jorge de si yo cantaba bien ó mal! Mi plan había dado excelentes resultados; ¡se había roto el hielo! Y Montalvo, *poetizado* por mí, hacía párrafos larguísimo, y por grados se animaba, y se veía que el pobre desahogaba su pecho con aquellas frases que salían de sus labios como salen las

figuras de manos de un escultor notable, admirablemente esculpidas.

De cuando en cuando, y en medio de su monólogo—pues yo le dejaba hablar sólo á ver si descubría su secreto—maldecía con furia y pronunciaba el nombre de Elisea, y como respondiendo á interiores mordeduras rechinaba los dientes, tan súbitamente como sintiéndose halagado por la pasajera ilusión del recuerdo de un día, la frente de Jorge serenábase por un instante, y en su fisonomía radiaba la felicidad. Después, sacudía con furia la cabeza, y con dolorido acento ó cruel tono de venganza murmuraba: ¡Ingratal... ¡Local... ¡Ciego de mí... ¡Qué hermosa está!... ¡Muerta! ¡Sí, muerta! ¡Yo la maté!... Y así delirando extendía los brazos al vacío y se quedaba extático como contemplando una visión sólo por él advertida.

Llegamos á su casa, se dió cuenta de su exaltación, me apretó las manos efusivamente y subió las escaleras tambaleándose como un beodo.

..

Casi tan triste y preocupado como de continuo se encuentra mi amigo, me acostaba yo aquella noche en que á medias supe el misterioso secreto de Jorge Montalvo.

E. Sa del Rey.



¿Se puede?

INSTANTÁNEA

Quando mi amor rechaza
en suicidarme pienso;
pero al ir á intentarlo
para así poner fin á mi tormento,
reflexiono y me digo:
¿cómo voy á quererte si me muero?

Esteban Caballero González.



EL ARTE DE OLVIDAR

¿La quería? ¿Tenéis valor de dudarlo?

No os acordáis de lo que hacía al salir del taller. Me liaba la bufanda y empezaba á tararear algo alegre. Sí, alegre; porque entonces era completamente feliz.

Un día se rieron de mí en el obrador al preguntar si había salido.

¿Que si ha salto?—dijo una de sus compañeras.—¿Que si ha salido?, repitió.—¿Cómo va á salir si no vieno ya?

—¿Está mala?—pregunté harto de la charla de aquella chicuela.

—¿Pus no sabe usted que la ha salido un señor que le paga coche y hotel? No pude oír más.

Una oleada de sangre subió á mi cabeza; parecía un borracho, no; yo no podía creerlo. ¡Era imposible! ¡Dios no podía consentir tamaño crimen! Y tambaleándome, con las manos en la cabeza y llorando como un chiquillo, salí á la calle.

Y en lujosa berlina, tirada por briosos caballos, la ví; me acuerdo como si fuera hoy. Había cambiado su lúcido y pobre vestido por otro lujosísimo. Iba indolentemente recostada en el carruaje; me vió y echóse á reír descaradamente.

Y ya no sé más, sino que dormí en el hospital y á la mañana siguiente pregunté á una hermana de la caridad, el motivo de encontrarme en aquel sitio, y con voz dulcísima me contestó que había sido atropellado por un coche.—¡El suyo!—Y que la señora que en él iba se había conolido tanto de mi desgracia, que mandó al director del hospital un billete de mil pesetas para que me lo entregase como indemnización.

¡Y pensé si el corazón puede indemnizarse con un billete de Banco! De esto hace dos años; desde entonces abandoné el oficio y me encontraréis siempre en un tabernucho, indecente, pálido, con la embriaguez dibujada en el semblante; es... porque procuró olvidar.

—Tu, chico; ¡otro cuartillo de aguardiente!

José Doz de la Rosa.

EL PODER DE LAS IDEAS

Restañando la sangre que salía de la ancha herida á borbotones rojos con los crispados dedos; la agonía retratada en el fondo de sus ojos sin expresión clavados en el cielo, un hombre, un niño casi, se encontraba exánime tendido sobre el suelo.

Una mujer que por allí pasaba acercóse á su lado y «¿quién te ha herido?»

—le preguntó curiosa y conmovida.

—No sé, no le conozco.

—¿Por qué ha sido?

—Porque insultó á mi madre y en la vida

he tolerado á un hombre,

ni siquiera el propósito

de manchar con sus labios ese nombre.

—¿Cómo te llamas, dí?

—Juan Luis Expósito.

Pedro Mata.

EGOS DEL MUNDO

Los colores perjudiciales.—Cuestiones interesantes.—Los siete.—Combinaciones.—El blanco y el negro.—Los extremos se tocan.—¿Qué es el blanco?—Un prisma gigantesto.—Suma original.—¡Eche usted vibraciones!—El sol y la luz eléctrica.—Un error vulgar.—Un buen espejo.—Febo y Diana.—El negro.—Razones físicas.—Lo más negro.—Lo que nos estorba.

Merced á experiencias realizadas por el doctor Wat y presentadas recientemente á la Real Academia de Ciencias de Londres, existen



VENECIA.—Paseo en góndola.



colores perjudiciales, ni más ni menos que existen las flores envenenadoras.

Estos estudios, garantizados por una firma tan respetable como la del sabio que los ha realizado, ofrecen un grandísimo interés para todos.

Wat, principiando por tomar como tipo los siete colores simples del iris, forma una escala gradual de los favorables, indiferentes y perjudiciales, y después, formando con ellos combinaciones, va constituyendo nuevos colores, para concluir por pasar revista á una infinidad de ellos, los cuales va estudiando detenidamente uno por uno.

Resulta de estas observaciones, que los colores más dañosos á la vista son el blanco y el negro, resultando así una vez más confirmado el conocido refrán de que «los extremos se tocan».

El blanco sabido es que no es un color simple ó sencillo; el blanco en realidad no existe; todo el mundo sabe que tal coloración no es sino la resultante de la superposición de los siete colores en que se descompone la luz del sol al pasar por el prisma, es decir, la superposición de los siete distintos colores que pueden contarse en el arco iris, cuando por estar lloviendo, los rayos de la luz del sol, al atravesar las gotas de agua, que hacen el papel de un inmenso prisma, descomponen la luz solar.

La razón de por qué es el blanco el color más peligroso para nuestra retina es, en primer término, la de que consistiendo el color en una vibración (del éter) distinta en cada uno de ellos, en el blanco se reúnen en una todas las siete diferentes vibraciones de los colores que lo forman, y de ahí que resulte una vibración mucho más intensa que en cualquiera de los restantes y más que en todas las combinaciones que entre varios de los otros siete puedan hacerse.

Por eso no se puede mirar cara á cara al astro rey, bajo peligro de cegar, y por esto mismo los focos eléctricos, que son los que más se aproximan por su coloración á la luz del sol, hacen daño á la vista, y en general toda luz análoga es preciso colocarla detrás de pantallas ó cristales que la aminoren en intensidad ó que la cambien de coloración.

Hay en el vulgo quienes, guiándose por una momentánea impresión de la retina, creen firmemente que la luz, por ejemplo, del arco voltaico, es más parecida á la de la luna que á la del sol. Este es un error fácil de explicar, y que la Física rechaza con sus estudios y aparatos. Lo que ocurre es que las bombas de cristal con que se recubren estas lámparas hacen que la luz, al pasar á través de ellas, disminuya al perder su fuerza; y como la luna no es sino un reflejo de la luz solar, un inmenso espejo en que á muchas leguas de distancia va á reflejarse el sol, de ahí que una cosa análoga de lo que en la luna ocurre por reflejo, ocurra con la lámpara de Volta, aunque en ella la aminoración de potencia lumínica sea por razón muy distinta: por el paso de los rayos á través del cuerpo transparente.

Por lo demás, quítese al arco voltaico la bomba, mírese á la luz, y se observará bien pronto que la sensación que produce en la retina es (aunque mucho más pequeña, es claro) muy semejante á la que produce al mirar el sol.

Respecto al color negro y á la razón que se alega para deducir lo perjudicial que es, también se basa en razones físicas de todos conocidas.

El negro (ya creemos haberlo dicho alguna vez, sin pretender descubrir un Mediterráneo; pero si tratando de vulgarizar, sobre todo entre los niños que pudieran aprendernos, verdades inconcusas) no es un «color» propiamente dicho. El negro es, por el contrario, el *no color*;

es lo más opuesto al blanco, pues así como aquél es la reunión de todos los colores, el negro es la carencia de todos. Solamente que el hombre, para distinguirlo de otras coloraciones, y juzgando por aparentes analogías, lo ha considerado como color sin serlo. Negra es la noche, cuando no hay luz alguna; negro es el carbón, porque el fuego ha borrado todo color; tinieblas y negruras son las que ve el ciego que *no ve nada* y son las que vemos nosotros cuando cerramos fuertemente los ojos, y negro será el caos, la *nada* absoluta, como negro es el vacío donde nada existe.

Por eso lo negro que, según Wat, implica una vibración tan insignificante que casi es nula, perjudica á la vista humana, cumpliéndose una vez más el principio científico de que «la Naturaleza tiene horror al vacío, á la nada».

Otras muchas observaciones contienen los modernos trabajos, que en parte afirman y en parte contradicen otros estudios anteriores; pero estos Ecós van siendo ya demasiado largos.

Basta por hoy con lo dicho, y conste que á todos «nos estorba lo negro».

Doctor Traveller.

MODAS

Esta Sección está á cargo de la elegante Revista *La Ultima Moda*



Trajes de ciclista.—El modelo núm. 1 es de sarga beige. Falda semi-larga. Cuerpo-chaqueta con solapas de faya color pergamino. Chaleco de faya, cerrado por doble fila de botoncitos de nácar. Camiseta de batista blanca. Corbata de seda encarnada. Mangas ajustadas. Sombrero de paja beige, adornada con una pluma blanca.

El modelo núm. 2, de vicuña azul gris, se compone de una falda semi-larga y un cuerpo corto, adornados con bordados de trencilla de seda negra. El cuerpo luce dobles solapas, también bordadas, que sirven de marco á una camiseta de sedalina azul pálido. Corbata de gasa azul pálido. Mangas bordadas. Sombrero de paja jaspeada, adornado con una pluma gris y un lazo de terciopelo negro.



Mercado del día 30 de Abril

Precios al detall. última hora.

| Especies | Entrada | Precio en reales. fanega de 94 libras. |
|----------------|---------|---|
| Trigo | 500 | de 45 3/4 á 46 1/4 |
| Centeno . . . | 180 | » 28 » 29 |
| Cebada | 200 | » 21 » 22 |
| Algarrobas | 180 | » 26 » 27 |
| Garbanzos | 100 | » 80 » 160 |

VINOS

Para la localidad se vende el tinto á 16

reales cántaro y el blanco á 15. Y para fuera á 16.

Durante la semana que finalizó ayer, han pasado por esta estación procedentes de Salamanca 84 wagones de ganados y cereales, distribuidos en la forma que sigue:

- Trigo 40
- Centeno 20
- Cebada 0
- Aceite 0
- Salvados, 6
- Bueyes 5
- Cerdos 4
- Ovejas 2
- Harina 4
- Valladolid 6
- Trigos. En los almacenes del Canal á 46'75
- En los generales, á 46'50 y 45
- Centeno, á 28'50 y 30

- Cebada, á 00
- Avena.— á 00
- Algarrobas—000 id a 00.
- SALAMANCA 6**
- Trigo 46 rs. fanega
- Cebada á 22 rs.
- Algarrobas á 26 id.
- Centeno á 28 rs.
- Guisantes á 28 id
- Garbanzos desde 80 á 160 segun clase

Imp. de Hermanos Roman Medina del Campo

SECCION DE ANUNCIOS.

SEMANARIO MEDINENSE.

Periódico Ilustrado, Literario, Agrícola y Comercial

SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Precios de suscripción.

En Medina del Campo. Un año 5 pesetas, medio año 2'75. Provincias. año 6 pesetas, medio año 3 pesetas.

ANUNCIOS: Precios convencionales.

NÚMERO SUELTO 10 CENTIMOS.

PAGO ADELANTADO.

En la imprenta de este Periódico se hacen á cualquier hora del día ó de la noche. Encargando de un ciento en adelante se insertan gratis en este Semanario.

ESQUETAS FUNERAL.



En este establecimiento tipográfico se hacen á precios sumamente reducidos cuantos trabajos concernientes al arte se nos encomiendan. Los completos y variados surtidos en papel y sobres para el comercio, esuelas de funeral etc.

CENTRO DE SUSCRIPCIONES

ENCUADERNACION

IMPRENTA PAPERERIA

HERMANOS ROMAN